

# 1

Martes, 4 de septiembre de 2001

**ECONOMÍA**

**Trabajo plantea una reforma para  
reducir el subsidio de desempleo**

**La tasa de desempleo se eleva al 8,63%**

EL PAÍS

Tengo veintitrés años, un novio que me dobla la edad, un trabajo basura que me recuerda que no sirvo absolutamente para nada y unas ganas inmensas de mandarlo todo a la mierda de una maldita vez.

Quizá por eso me cuesta tanto levantarme y enfrente el amanecer con esta profunda apatía, con una desidia que se ha convertido en mi mejor amante desde hace ya unos meses. Nada me jode tanto como ver que la vida se empeña en seguir ajena a mi naufragio, a esta sensación de no ser, o de ser sin querer existir —cómo explicarme, cómo explicarlo— y peor aún, para qué, me sacan de quicio sus interrogaciones, sus *hoy estás decaído*, sus *dime qué te pasa*. Y me pasa que el futuro se cierra en banda a darme una maldita oportunidad, o que las oportunidades me restriegan su inexistencia, o que el mundo me vapulea en su (¿mi?) cobardía. *Eso lo llamo yo autocompasión*, me dicen mis *ilustres* progenitores con su sabiduría de generación pretérita, acabada, agotada en el aburguesamiento de esta sociedad perfecta que crearon (¿les hablé ya del heroico antifranquismo familiar?) a golpe de manifestaciones y pancartas de reivindicación. Claro que el torpe del déspota se murió de puro viejo en su propia cama, porque el estallido (al menos el de mi gloriosa familia) no pudo acabar con su violencia, quizá por eso el heroísmo de

los contrarrevolucionarios necesita que le saquen tanto brillo, y estoy algo harto de oír como mi padre corrió delante de los grises, porque en el fondo acabó siendo el abogado brillante que todos esperaban, y cuando alcanzó su toga (o túnica) sagrada (allá por el 71, me parece), le importaba una mierda si era aquel moribundo genocida el que ocupaba la sala del des-trono, o si ya habían adecentado las Cortes y preparado la futura transición.

Mi padre recuerda con entusiasmo cada carrera delante de los grises en la universidad (casi como un acto folklórico), cada batalla de salón en aquella facultad de provincias donde —admítelo, papá— no hubo nada que se pareciera a una revolución; porque tal vez en Madrid fuera distinto, pero poco movimiento se observaba en su tierra, en aquella Vetusta que todavía es España, y que sólo alcanzó a oír hablar del 68 cuando el 68 ya estaba más que muerto.

Por eso, papá, quizá por eso, me revienta tu jerga progre, o tus reproches a mi pasividad, llámalo asco, pasivo por nulo, por negado, por inútil. Pasivo porque a mí tu toga sagrada me toca mucho las pelotas, porque los libros de derecho se los hubiera hecho tragar a mis ínclitos tutores sin importarme lo más mínimo su futura diarrea legislativa. Y es que está claro que tu hijo modelo no sirve —admítelo de una vez, papá— para ser abogado, ni para ser social, ni para ser persona. Tu hijo modelo está harto de que el código civil le diga lo contrario de lo que le dicta, lo que (¿pero aún tiene?) le grita su conciencia.

Y no se trata de ponerme pesado, ni de criticar el sistema (porque simplemente no entiendo qué es eso que todos aquí llaman *sistema*), sino de quejarme porque alguien —*mamá, ¿eres tú?*— entra en mi cuarto, y sube la persiana, y me dice que arriba, que es martes, que el trabajo me espera, y luego las clases, porque no hay nada mejor que tomar apuntes (en cada curso se miden por kilos) después de mamársela (eso creo que es una metáfora) al jefe de mi empresa. Y todo por una beca de fin de estudios, porque con este historial tan brillante no podían dejar de darme esta *oportunidad* de ser explotado casi gratuitamente por el Estado y sus aledaños. Así que gracias a la

universidad, hago de chico de los recados en un despacho de lunes a viernes y de ocho a tres, a veces, de ocho a cinco, y todo para cultivarme más, y profundizar en mi aprendizaje, y llevar cafés, sobres y paquetes de un lado a otro de la oficina, además de archivar papeles estúpidos, atender a clientes infames y coger llamadas de teléfono de esposas, esposos, amantes y rollitos varios. En mi expediente dirán que gocé de un año de prácticas en un prestigioso bufete. Mi padre insistirá en que su retoño sigue los pasos del ideal (e hiperprogresista) árbol familiar. Y mi madre se limitará a subir la persiana para que no llegue tarde a mi jornada de explotación estudiantil.

Tengo veintitrés años, un metro ochenta (aproximado) de estatura, unos 78 kilos, un millón de apuntes por subrayar, unos cuantos años de vida por hacer, y ningunas ganas de subir (de una vez) la maldita persiana.